

Sermón Propio 22, Año A 5 Octubre 2008

Isaías 5: 1-7; Filipenses 3: 4b- 14; San Mateo 21: 33-46

La Revda. Paula M. Jackson La Iglesia de Nuestro Salvador, Cincinnati

"Consideré todas mis ganancias como pérdidas." Es algo que muchas personas pudieran decir reciente, pero sin alegría. Al contrario, San Pablo está contento perder todo que había parecido tan importante antes, dejando sus privilegios y esperanzas por la carrera hasta la llamada de Dios en Cristo Jesús.

"Olvidando lo que dejé atrás, corro hacia la meta. Para mí ahora sólo vale lo que está adelante." ¿Quiénes de nosotros pueden decir esto? Consideren qué vida libre sea tal vida. ¿Cuánto tiempo gasto cada día, protegiendo lo que tengo o lo que gané antes, lustrando viejos medallones, guardando viejos daños, relatando viejos rencores, visitando de nuevo viejas ansiedades? ¿Cuántas veces debo asegurar a todos o a mí mismo que conozcamos mis éxitos o capacidades? ¿Cuánto tiempo debo pasar haciendo mi puesto en cada grupo o comunidad?

San Pablo había sido un hombre religioso, piadoso, y sincero. Su religión le ha garantizado un lugar especial con Dios. Disfrutó el privilegio de ser justificado por ser correcto. Claro, si yo soy correcto, pues todos que no acuerdan conmigo son erróneos. Si soy justificado por ser correcto, los diferentes son injustos, son malos. Todos afuera de mi religión, mi interpretación, y mi entendimiento son afuera del propósito de Dios. No es una etapa larga de ser justificado por ser correcto, hasta creerse irreprochable y perseguir a otros por causa de fe.

Pero el encuentro con Jesucristo había convencido a Pablo que el propósito de Dios no era un pueblito elegido, mejor que todos los otros del mundo, correcto e irreprochable. Mas el propósito de Dios es la redención de toda la creación, sin clases y divisiones, sin privilegios, todos miembros de un cuerpo.

Ayer, la Iglesia Episcopal celebró un Día de Arrepentirse del Pecado de Esclavitud. Este día concluyó una novena de días de oración y reflexionar en las Metas de Desarrollo del Milenio. Las Metas proponen que las naciones ricas dejen siete décimos del un por ciento de su riqueza anual para eliminar la pobreza extrema del mundo.

Podemos contemplar qué difícil pudiera ser para los dueños, reconocer el pecado de esclavitud y arrepentirse en los días pasados, cuando ya es difícil hoy admitir el pecado de racismo o riqueza en medio de pobreza, y emprender la tarea de afrontarlo en la sociedad y en la iglesia. Tenemos que renunciar todo privilegio, dejando lo que hubiéramos ganado antes, para tener parte en los sufrimientos de Cristo, quizás aún siendo semejante a él en su muerte. Para algunos, éste es imposible porque si dejen el privilegio, temen que no tendrán nada. Para otros, es imposible porque la carga de los crímenes del pasado, y la injusticia del presente, son aplastantes y no vean cómo sea posible adelantar si admiten la verdad.

Pero la buena nueva es que podemos vivir libre de la necesidad de probar superioridad o mantener privilegios o ganar ventajas. Juntos, podemos confesar la verdad, dejar las ganancias erróneas, y adelantar hasta la llamada de Cristo. Si no hemos conseguido ya la meta de igualdad y comunidad, todavía somos alentados por la alegría de la vocación. Nunca desanimados por el pasado, para nosotros sólo vale lo que está adelante. ¡Juntos, ojos en el premio!

Sermon, Proper 22, Year A, 5 October 2008

Isaiah 5: 1-7, Philippians 3: 4b-14; Matthew 21: 33-46

The Rev. Paula M. Jackson, The Church of Our Saviour, Cincinnati Ohio

"I consider all that I've gained as loss." It's something that many might be able to say recently, only not so gladly. St. Paul, however, is cheerful to lose everything which had seemed so important before, leaving behind his privileges and expectations for the journey towards the call of God in Christ Jesus.

"Forgetting what I've left behind, I run toward the goal. For me, now nothing matters except what lies ahead." How many of us can say this? Consider how free this kind of life would be. How much time do I spend every day, protecting what I have or what I gained before, polishing old medals, nursing old wounds, recounting old grudges, revisiting old anxieties? How many times do I have to make sure that everyone or I myself know about my accomplishments or abilities? How much time must I spend just making my place in every group or community?

St. Paul had been a religious, devout, and sincere man. His religion had guaranteed him a special place with God. He enjoyed the privilege of being justified by being right. Clearly, if I am right, then those who disagree with me are wrong. If I am justified by being right, then those who differ are unjust, they are evil. Everyone outside my religion, my interpretation, and my understanding is outside the will of God. It is not a long step from being justified by being right, to believing oneself blameless, and to persecuting others for the cause of one's faith.

But an encounter with Jesus Christ had convinced Paul that the purpose of God was not to have a tiny elite, elect people, better than all the others of the world, correct and blameless. Rather, the purpose of God is the redemption of the whole creation, without classes and divisions, without privileges, all members of one body.

Yesterday, The Episcopal Church celebrated a Day of Repentance for the Sin of Slavery. This day concluded a novena of days of prayer and reflection on the Millennium Development Goals. The Goals propose that the rich nations give seven tenths of one percent of their annual wealth to eliminate extreme poverty in the world.

We can contemplate how difficult it might have been for the slaveholders to recognize the sin of slavery and to repent in the past, when it is so difficult today to admit the sin of racism or of wealth in the midst of poverty, and to take on the task of confronting it in society and in the church. We have to renounce all privilege, leaving what we might have gained before, in order to take part in the sufferings of Christ, perhaps even becoming like him in his death. For some this is impossible because if they let go of privilege, they fear that they will have nothing. For others, it's impossible because the burden of the crimes of the past, and the injustice of the present, are overwhelming, and they don't see how it could be possible to move forward if they admit the truth.

But the good news is that we can live free of the necessity of proving superiority or maintaining privileges or gaining advantages. Together, we can confess the truth, leave the false gains, and move forward toward the call of Christ. If we have not yet attained the goal of equality and community, we are already animated by the joy of our vocation. Never disheartened by the past, for us all that matters is what lies ahead. Together, eyes on the prize!